

Aportes sobre el Cuidado como Vínculo Afectivo en la Reconstrucción de la Trama Social

DIVERSIDAD.NET

JUN-DIC 2020
17 – AÑO 11
ISSN 2250-5792

Resumen

En este trabajo presentamos los principales conceptos del corpus teórico de nuestras investigaciones en torno a la cuestión aquí planteada. Nos proponemos profundizar sobre la noción de cuidado en el contexto social actual, caracterizado por una trama social dañada.

Focalizamos en el contraste de dos perspectivas sobre la naturaleza y condición humana: por un lado, la individualista basada en la autosuficiencia y la competencia y, por otra parte, la del cuidado basada en la fragilidad y la interdependencia de todos los seres vivos. La primera, anclada en el racionalismo, fundante de la modernidad, matriz del capitalismo y neoliberalismo actual. La segunda, emergente en las grietas del fracaso del modelo moderno, va erigiéndose sobre las bases de los desarrollos ontoepistemológicos surgidos en el siglo XX: la física relativista y la física cuántica, la teoría de los sistemas, la termodinámica, la biología del conocimiento, el interaccionismo simbólico, la teoría de la complejidad, la ecología profunda. La primera perspectiva circunscribe el cuidado a una tarea concreta que se dirime de manera lineal entre cuidadores y cuidados, restando atención a la dimensión relacional entre éstos. La segunda entiende que la categoría de cuidado excede dicha tarea y se aproxima al concepto de vínculo afectivo, el que guarda desde nuestra perspectiva la potente simiente de reconstrucción de la trama social. Para profundizar en esta cuestión en este trabajo damos discusión a los estudios de la ética del cuidado desarrollados por la psicóloga Carol Gilligan, como así también las investigaciones del psicoanalista John Bowlby. Finalizamos el artículo ofreciendo aportes para comprender los conceptos de interdependencia y cuidado como trama relacional, entendiendo que la vida es un bien común y necesitamos pensar otros modos de organización social que puedan resguardarla.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Palabras clave: *Afectividad, Trama social, Cuidado, Ética del cuidado, Interdependencia.*

Contributions on Care as an Affective Bond in the Reconstruction of the Social Plot

DIVERSIDAD.NET

JUN-DIC 2020
17 – AÑO 11
ISSN 2250-5792

Abstract

In this paper we present the main concepts of the theoretical corpus of our research around the issue raised here. Our propose is to deep the notion of care in the current social context, identified by a damaged social web. We focus on the contrast of two perspectives on nature and the human condition: on the one hand, the individualist based on self-reliance and competition and on the other hand, care based on the fragility and interdependence of all living beings. The first, routed in rationalism, founder of modernity, matrix of capitalism and current neoliberalism. The second emergent in the cracks of the failure of the modern model, is built on the basis of 1 ontoepistemological developments in the twentieth century: relativistic physics and quantum physics, systems theory, thermodynamics, knowledge biology, the symbolic interactionism, complexity theory, deep ecology. The first perspective circumscribes care to a specific task that is settled in a linear way between caregivers and carers people, while subtracting attention to the relational dimension between them. The second understands that the category of care exceeds this task and approximates to the concept of affective link, which keeps from our perspective the powerful seed of reconstruction of the social web. To deepen this issue in this work we discuss the studies of the ethics of care developed by psychologist Carol Gilligan, as well as the research of psychoanalyst John Bowlby. To conclude we present a contribute about of the concept of interdependence and care as a relational web, understanding that life is a common good and we need to think about other modes of social organization that can protect it.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Keywords: *Affectivity, Social Web, Care, Ethics of Care, Interdependence.*

1- Introducción

El cuidado en nuestras sociedades occidentales es considerado un asunto secundario y marginal frente a los asuntos “verdaderamente importantes”, esto es, los movimientos bursátiles, la producción, el desarrollo económico, el crecimiento del producto bruto interno, por mencionar sólo algunos. Sin embargo, desde nuestra perspectiva, el cuidado constituye una clave fundamental para comprender y transformar nuestra organización política, social y económica actual. Se trata de indagar-nos como seres humanos y reflexionar sobre el tipo de organización en la que se basan nuestras sociedades humanas. En este sentido nos preguntamos: ¿En qué medida dicha organización responde al cuidado de la trama relacional?

Nos anticipamos a decir que la especie humana se encuentra en una fuerte crisis a consecuencia de una trama social dañada, donde el control y la desconfianza constituyen hebras fundantes de vínculos sociales altamente fragmentados. En palabras de Capra (2009) en la deriva humana, hemos olvidado la unicidad.

Desde la perspectiva compleja, sistémica y biocéntrica que orientan nuestros trabajos sostenemos la hipótesis de que la crisis que hoy sufren nuestras sociedades, encuentra una de sus principales causas en el empobrecimiento cognitivo-afectivo de la trama social, que no puede moverse de modo coherente con la totalidad (Böhm, 1988). Cuando referimos a la dimensión cognitiva-afectiva aludimos a la biología del conocimiento (Maturana y Varela, 2003) que pone en estrecha vinculación la cognición con la vida. Asimismo, dentro de dicha dimensión reconocemos tres aspectos que se encuentran anidados. El primero se trata de una conexión profunda con “el sí mismo” (Jung, 1928), el segundo y muy seguidamente la conexión

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

con “el otro-alter” y finalmente la conexión con “la totalidad-universo” (Toro Araneda, 2007). La fragmentación de esta dimensión y sus aspectos en nuestro modo de conocer-vivir actual, pone en peligro hoy la vida en todas sus expresiones. Es en este sentido que el problema del cuidado adquiere especial relevancia como tarea y como vínculo en la reconstrucción de la trama social.

Para profundizar en esta cuestión en primer lugar revisaremos el contexto ontoepistemológico de la modernidad que enmarca este problema. Seguidamente nos referiremos a los debates en torno al cuidado en diferentes contextos sociohistóricos, para luego abordar al cuidado como un vínculo afectivo, a través de las perspectivas brindadas por la ética del cuidado de Carol Gilligan y las investigaciones de John Bowlby. Proponemos la noción de interdependencia en estrecha asociación con el cuidado. Concluimos afirmando la necesidad de superar las dicotomías de la modernidad, posibilitando un abordaje complejo del cuidado que integre el vínculo afectivo a las acciones concretas de cuidar en la trama social.

2. Contexto Ontoepistemológico de la Modernidad

2.1 El mundo-máquina: control y fragmentación

Desde los siglos XVI y XVII bajo la cosmovisión del mundo como máquina, el control ha prevalecido como vínculo, configurando en occidente una serie de oposiciones fragmentarias y dicotómicas. Algunas de las dicotomías a la que nos referiremos son: *ser humano-naturaleza*, *razón-emoción*, *productividad-improductividad*, *independencia-dependencia*. Muchas de ellas existían con anterioridad, pero se reforzaron con el auge de la modernidad. Cada dicotomía no sólo niega las interrelaciones posibles entre los

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral

IRICE-CONICET/UNR

carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR

perlo@irice-conicet.gov.ar

componentes de la misma, sino que además jerarquiza uno de los términos por sobre el otro. Las presentamos aquí ya que las mismas revisten importantes efectos en las configuraciones posibles sobre el cuidado y aunque se encuentran con profundos cuestionamientos en nuestras sociedades actuales, aún se perciben hegemónicas.

La dicotomía ser humano-naturaleza

En la modernidad, el ser humano concebido como ser dotado de una razón trascendente e incorpórea busca situarse por sobre y por fuera de la naturaleza. De esta manera, el control adquiere predominio como modalidad vincular. Se busca controlar a la naturaleza, así como al propio cuerpo a través del ejercicio de la razón, parafraseando a Francis Bacon, tratando de extraer de dicha naturaleza sus máximos secretos y si fuese necesario, incluso torturándola. La naturaleza se concibe desde esta perspectiva pasiva e improductiva, al servicio de las necesidades y a merced de la dirección que puede otorgarle el ser humano. De este modo la naturaleza se tornaría productiva sólo como efecto de la intervención, control y dominio por parte de la humanidad. La máquina compuesta por piezas y regida por leyes mecánicas, controlables y predecibles (Capra, 2009), será la principal aliada y eficaz herramienta para llevar a cabo esta tarea. El universo y los organismos vivos paulatinamente se tornarán uno con la máquina. En este contexto la especie humana se percibe separada del resto de las especies y de la naturaleza de la que es parte. Y más aún se concibe una especie excepcional y superior a las demás, como en algunas interpretaciones de la teoría darwiniana. Esta visión antropocéntrica de la vida, es decir, centrada en lo humano, continuó evolucionando hasta llegar a una visión universal de esta especie que privilegia un conjunto de características atribuibles sólo a algunos seres: blancos, varones, europeos y propietarios. Estos

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

hombres aun cuando se afirmaron racionales e independientes, contrariamente construyeron sociedades basadas en el control, la competencia, el dominio, la guerra y la espada. Esta cosmovisión también denominada androcentrismo generó modos de vida y producción que enfrentaron al ser humano con la naturaleza y dieron paso a la oposición *razón-emoción*.

La dicotomía razón- emoción

El hombre moderno no se concibe a sí mismo como un ser vivo entre otros, sino como aquel que es capaz de dominar la naturaleza que ha definido como externa y separada de sí. En dicho dominio, se incluye su propia naturaleza, encarnada en su cuerpo y en sus emociones (Najmanovich, 2012). De este modo, el cuerpo en el ser humano constituye un recipiente que lo conecta con la naturaleza y su existencia finita, mortal y frágil.

Quien bien abonó esta dicotomía fue René Descartes. Considerado el filósofo clave de la modernidad, puede ser hoy comprendido como un emergente de un contexto histórico-social que iniciaba una serie de prácticas, experiencias, conocimientos, modos de vida, basados en una cosmovisión cuantitativa y abstracta del espacio y el tiempo, en contraste con la concepción cualitativa y espiritual propia del Medioevo (Najmanovich, 2016b). Tal como afirma el físico austríaco Capra (2009):

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

En los siglos XVI y XVII la visión medieval del mundo, basada en la filosofía aristotélica y en la teología cristiana, cambió radicalmente. La noción de un universo orgánico, viviente y espiritual fue reemplazada por la del mundo como máquina y ésta se convirtió en la metáfora dominante de la era moderna (p. 39).

Para Descartes, el pensamiento es definido como la esencia misma del hombre, “Soy en consecuencia, una cosa cierta, y a ciencia cierta existente. Pero, ¿qué cosa? Ya lo he dicho, una cosa que piensa” (Descartes, [1641] 1995, p 81). Este pensamiento se asienta sobre una mente incorpórea. Consideraba que “el ser humano estaba formado por una máquina corporal que enviaba señales sensoriales a una mente que descifraba esos mensajes y formaba juicios por medio del pensamiento racional” (Rifkin, 2010, p. 143).

Desde esta perspectiva, la mente considerada sede de lo racional, debe distanciarse del cuerpo para hallar claridad en sus pensamientos. En la medida en que los sentidos resultan engañosos, es prudente no fundamentar nuestros conocimientos en ellos, sino en la razón. Recordemos el siguiente pasaje de Descartes:

Todo lo que hasta ahora he admitido como absolutamente cierto lo he percibido de los sentidos o por los sentidos; he descubierto, sin embargo, que éstos engañan de vez en cuando y es prudente no confiar nunca en aquellos que nos han engañado, aunque sólo haya sido por una sola vez (Descartes, [1641] 1995, p.70)

Asimismo, la represión de las emociones encuentra su mayor fuente de legitimación no sólo en la búsqueda de claridad del pensamiento, sino en la afirmación de la supuesta tendencia natural en el ser humano a la competencia y la violencia. De esta forma, se apela a la creación de múltiples instancias destinadas al control y la coerción de los comportamientos, en función de la creencia de que, si no existiesen las mismas se libraría una “guerra de todos contra todos”. Se trata desde esta perspectiva fundante de la modernidad, de reprimir las emociones del ser humano, despojarlo de su naturaleza emotiva considerada negativa, convertirlo en un ser civilizado que

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral

IRICE-CONICET/UNR

carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR

perlo@irice-conicet.gov.ar

debe necesariamente, para poder convivir con otros, reprimirse y abandonar un supuesto “estado de naturaleza”. De este modo el control queda en manos de un aparato estatal que externamente a los individuos, asegurará la vida en sociedad. Será tal vez posible sintetizar esta perspectiva moderna sobre el ser humano apelando nuevamente a Hobbes y su célebre máxima: el hombre es el lobo del hombre (*homo homini lupus*).

La dicotomía productividad – improductividad

Como hemos señalado anteriormente se trata de una perspectiva antropocéntrica, enraizada en la jerarquía, esto es la superioridad del ser humano respecto a otras especies y la naturaleza en general. Se concibe a los seres humanos como engranajes de un universo-máquina y los mismos cuerpos humanos son reducidos a una máquina compuesta por aparatos: reproductivo, circulatorio, digestivo, respiratorio, entre otros.

Cohabita con las perspectivas detalladas una visión utilitarista que entiende que el motor de la vida es la búsqueda racional del propio interés y beneficio. El otro y la naturaleza se constituyen en medios para el logro de determinados fines, generalmente económicos. Estos presupuestos afirman al ser humano como ser independiente y aislado. El interés establecido por la razón y la competencia son motores supremos de la vida en sociedad.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

En este marco el control se constituye como ética específica de la modernidad. Un modo de relacionarse que encontrará su máxima expresión en las tareas consideradas “productivas”. Al decir del filósofo brasileño Boff, se trata del “modo-de-ser-trabajo”, relacionado con la intervención sobre la naturaleza y la relación

sujeto-objeto. Siguiendo a Boff (2004) primitivamente el trabajo significaba interacción más que intervención; la naturaleza despertaba veneración y respeto. Aún en la actualidad esa veneración persiste en culturas ancestrales. Esta fórmula se comenzó a desbalancear a partir de la Revolución Industrial del siglo XVII donde el trabajo asociado a la productividad comenzó a ser cada vez más sinónimo de intervención, control y dominio.

La lógica de “ser-en-el-mundo” según el modo de trabajo configura el situarse *sobre* las cosas para dominarlas y ponerlas al servicio de los intereses personales y colectivos. En el centro de todo se pone el ser humano, dando origen al antropocentrismo. El antropocentrismo instaura una actitud centrada en el ser humano, de modo que las cosas sólo tienen sentido en la medida en que se le someten y satisfacen sus deseos (Boff, 2004, p. 77).

Para uno de los filósofos clave de la modernidad, John Locke, el objetivo mismo de la existencia de la especie humana era la productividad. “La tierra que se deja por completo a la naturaleza, que no ha recibido la mejora del pasto, la labranza o el cultivo, se llama, no sin razón, baldía” (Locke, [1689] en Rifkin, 2010).

La productividad se concibe como sentido principal de la existencia humana, en íntima correspondencia con el control y el dominio sobre la naturaleza. Se trata de producir, independientemente de que ello implique una destrucción para la vida humana y no humana. La producción refiere así a la fabricación de bienes tangibles intercambiables en el mercado y con valor monetario. El valor queda reducido al precio y la productividad se disocia de las necesidades humanas, así como de la preservación de la naturaleza (Herrero, 2012). La productividad se vincula al crecimiento económico infinito, sin importar cómo se compone el mismo y sus costes

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

sociales y ecológicos. La improductividad, en cambio, abarca desde esta perspectiva dicotómica, todo aquello que no tenga precio de mercado ni remita directamente a un intercambio en el mismo. Es en este sentido que la naturaleza misma sin intervención de lo humano, los afectos y las tareas de cuidado objeto de estudio de este trabajo se considerarán aspectos improductivos de la matriz social.

La dicotomía independencia-dependencia

La modernidad ha concebido al ser humano como ente independiente de la naturaleza, de su propio cuerpo y de la comunidad donde vive. Esta cosmovisión condujo a concebir la independencia en términos de autosuficiencia, aislamiento y desvalorización de los vínculos. De manera que se percibe como independiente a aquel sujeto capaz de dominar su propio cuerpo, la naturaleza y a los otros, en función de desarrollar una vida competitiva y utilitaria. Se trata de un individuo que se afirma valiente, invulnerable, que puede prescindir de los demás. Esta concepción de la independencia estriba en una definición de la libertad desde un punto de vista negativo: “la libertad de excluir, de ser independiente de los demás, de ser una isla. Ser libre es ser autosuficiente (...)” (Rifkin, 2010, p. 155).

En la modernidad la independencia se plantea como característica de personas a las que se supone racionales, capaces, fuertes, las cuales desarrollarían una existencia plenamente desligada de otros. En contraposición, la dependencia designa un estado de debilidad y necesidad de los otros para poder sostener la vida. De acuerdo con Mies y Shiva (1997) esta búsqueda de independencia plasmada en el dominio, caracteriza una antropología y cosmología sobre la que se funda el capitalismo y el sistema patriarcal. La misma desconoce que la vida se sostiene en la cooperación, el cuidado mutuo y el amor.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Se ignoran las simbiosis, las interconexiones que alimentan y mantienen la vida, y tanto la evolución natural como la dinámica social se consideran impulsadas por una lucha constante de los más fuertes contra los más débiles, por un estado de guerra permanente (Mies y Shiva, 1997, p.14)

Esta afirmación de la independencia en contraposición a la dependencia responde, en parte, a la creencia en la objetividad. El conocimiento fue concebido como un reflejo interno en el sujeto del mundo externo al que se suponía objetivo e independiente (Najmanovich, 2016). Una concepción del conocimiento que conocemos como “representacionalismo” y supone la existencia de un mundo separado e independiente de quien lo percibe. De allí que el conocimiento verdadero y científico sea, desde esta perspectiva, aquel que puede garantizar un acceso a este mundo de manera neutral y objetiva. Siguiendo a Najmanovich (2007), desde la perspectiva que nos ofrece el pensamiento complejo la independencia no sólo es imposible, sino que, además, es una ilusión dañina. Para la autora, sólo gozamos de una autonomía ligada y nuestra libertad depende de la calidad de los intercambios y no de su ausencia.

En síntesis, las series dicotómicas que hemos descrito en este apartado *ser humano-naturaleza, razón-emoción, productividad-improductividad, independencia-dependencia*; constituyen los pilares donde se asienta una concepción ontoepistemológica maquina del mundo y el control constituye la modalidad vincular de base. En nuestras investigaciones (Perlo, 2019) ya hemos advertido acerca de la estrecha relación entre control de la vida y la violencia, lo que nos ha conducido a indagar sobre el cuidado de la vida como factor precipitante para la reparación de la trama humana dañada.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Sus orígenes

El cuidado de las personas ha sido una práctica históricamente desarrollada por mujeres (Carrasco, Borderías y Torns, 2011). La bibliografía refiere que las prácticas de cuidado constituían un valor central en las sociedades del paleolítico y neolítico (Eisler, 1990); a tal punto que se rendía culto a la nutrición, el cuidado, la capacidad de gestación, en la forma de Diosas femeninas (Gimbutas, 1996; Maturana y Verden-Zöhler, 1993). Estas sociedades “matríticas” (Maturana) o “gilánicas” (Eisler) evidenciaban, de acuerdo con investigaciones provenientes de la antropología, paleontología, arqueología y otras disciplinas, capacidad de convivencia pacífica y colaborativa. Asimismo, en nuestro territorio americano, específicamente en las comunidades conformadas por los pueblos originarios, ha existido una “politicidad doméstica” que se encuentra en estrecha vinculación con el cuidado. De acuerdo con Segato (2013) las tareas domésticas en el mundo indígena americano, conformaban un mundo vital considerado tan importante como la discusión de los asuntos comunes. Las tareas domésticas no sólo constituían un conjunto de actividades, sino una politicidad específica: tónica, próxima, vincular, pragmática, enlazada con la gestión de lo cotidiano y la supervivencia. De esta forma, no se correspondía el mundo doméstico con lo íntimo, ya que las tareas desarrolladas eran públicas, compartidas comunitariamente.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral

IRICE-CONICET/UNR

carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR

perlo@irice-conicet.gov.ar

Desde el siglo XVII en Europa y de manera progresiva en el contexto de la revolución industrial, el cuidado comienza a ser asociado con el hogar específico de las sociedades occidentales modernas. La separación de las llamadas tareas productivas y las reproductivas se corresponde con un modelo de familia nuclear en torno al par

hombre-proveedor, mujer-ama de casa. Recordemos que antes de dicha revolución, la organización de este núcleo correspondía al de la familia extensa y las funciones productivas y reproductivas no estaban separadas en esferas diferenciadas; ambas coexistían en el ámbito familiar en el cuál no sólo convivían diferentes actividades, sino también diferentes generaciones.

Carrasco, Borderías y Torns (2011) han señalado que, en los hogares preindustriales, en algunos lugares, los hombres participaban muy activamente en el proceso de preparación de los alimentos; así como hombres y mujeres de distintas generaciones podían hilar y tejer juntos para confeccionar su propia vestimenta. Si bien en estas comunidades podría existir una división sexual del trabajo, no había entre las mismas una jerarquía sino un criterio de complementariedad (Davis, 2005).

La disolución de instituciones comunales, de las relaciones de vecindad y parentesco, así como el vaciamiento a las familias de sus funciones productivas constituye una marca del desarrollo del capitalismo (Tilly y Scott, 1978 en Carrasco, Borderías y Torns, 2011). Tal como afirman Vega, Martínez-Buján y Paredes (2018) antes de dicho proceso, la cooperación en actividades ligadas a la crianza, la alimentación y la atención a viejos, enfermos y personas desamparadas era una característica común en las comunidades rurales, así como en el naciente proletariado. “El desarrollo del capitalismo implicó la crisis de estas modalidades de solidaridad (inscritas en estructuras patriarcales tradicionales) y su progresiva sustitución por el modelo liberal que comprendía el riesgo como un problema individual privado” (Vega, Buján-Martínez y Paredes, 2018, p. 30).

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

El cuidado como actividad privada en la familia nuclear

Llegados a este punto podemos decir que la familia nuclear implicó una “privatización del cuidado”. En el sentido de que, si bien en otras culturas y contextos históricos las mujeres han encarnado el cuidado como tarea y modo de vinculación; en la modernidad, con el avance del capitalismo y la racionalización, el cuidado se consideró una tarea socialmente improductiva, poco valiosa, a desarrollarse en soledad y de manera individual. Pierde así en gran medida, el componente comunitario y la consideración de su importancia, que caracterizó a otros períodos históricos de la sociedad occidental, así como a otras culturas. Se va modelando de este modo una concepción del cuidado condenada a la descalificación y el encierro.

“Sostener el ciclo de vida fue, en este contexto, una atribución de las mujeres en un nuevo régimen de internado” (Vega, Buján-Martínez y Paredes, 2018, p. 30).

El cuidado, a partir de la modernidad, se percibe entonces mayormente como “asunto privado e improductivo” en torno a una dicotomía entre cuidadores-personas cuidadas.

Algunos desarrollos teóricos de los feminismos, articulados con movimientos sociales de protesta y reivindicación, se enfocarán en la conceptualización del cuidado como una forma de trabajo no reconocida como tal y desarrollado mayoritariamente por mujeres. En los mismos no se hablará propiamente de cuidado sino de trabajo doméstico y reproductivo. Se hará especial énfasis en los componentes materiales del mismo y en el encierro en los hogares.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Las voces del feminismo y su impugnación al modelo de la máquina

Desde la segunda mitad del siglo pasado, específicamente a partir de fines de la década de 1960 y comienzos de 1970, los feminismos en su más amplia heterogeneidad, han contribuido a visibilizar el cuidado como una forma de trabajo no reconocida como tal y en general no remunerada (Dalla Costa y James 1972; Federici, 2018). De esta forma, se comenzó a conceptualizar como trabajo a aquellas actividades que se consideraban un estricto deber de las mujeres, asociadas a una naturaleza femenina y consideradas improductivas (Carmona Gallego, 2019). Se consideraba que el cuidado, más que un trabajo que debía repartirse socialmente, era concerniente casi exclusivamente a las mujeres. Es justamente esta oposición entre productividad e improductividad en el marco de las sociedades industriales, la que los feminismos marxistas europeos cuestionaron en sus debates en torno al trabajo doméstico y reproductivo. Lejos de ser improductivo, estos feminismos sostendrán que el cuidado permitía producir mano de obra para el capitalismo, así como reproducir la vida a diario.

De este modo, el cuidado en tanto tarea, devino en el marco de estos atravesamientos socio históricos, una forma más de control dentro del mundo-máquina. En este escenario donde los seres humanos son considerados engranajes, el cuidado queda despojado de su dimensión afectiva. Las relaciones de control abonan la dicotomía cuidador-cuidado. Esto implica el no reconocimiento de las necesidades de cuidado de quien cuida, como tampoco las posibilidades de cuidar de quién es cuidado.

Como reseñamos anteriormente, la dicotomía razón-afecto ha sido nodal en la modernidad, considerándose de poco o nulo valor

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

aquello que remita a las emociones y los sentimientos. En este marco, cabe aclarar que, si sólo consideramos al cuidado como una serie de actividades instrumentales, corremos el riesgo de excluir una dimensión principalísima del mismo: la dimensión del vínculo afectivo.

En síntesis, los primeros debates sobre el cuidado como trabajo se centraron fundamentalmente en los componentes instrumentales para luego insertarlo en la discusión sobre lo productivo. Asimismo, podemos continuar profundizando teóricamente sobre la dimensión afectiva de esta temática que venimos tratando a partir de múltiples enfoques. En el presente trabajo nos referiremos en particular a los desarrollados por la psicóloga feminista Carol Gilligan y el psicoanalista John Bowlby.

3. El Cuidado como Vínculo Afectivo

3.1. La ética feminista del cuidado

Carol Gilligan, psicóloga de la Universidad de Harvard, publicó en 1982 su libro *In a Different Voice*. A partir de sus investigaciones Gilligan vislumbró la existencia de dos modos de hablar de problemas cotidianos. Así como formas diferentes de describir y pensar las relaciones entre el otro y el yo. Por un lado, la ética de la justicia, basada en juicios formales, abstractos y universales. “El razonamiento de la justicia procede de manera deductiva, de modo lógico, partiendo de reglas y principios generales para aplicar al caso particular que se examina” (Paperman, 2018, p. 214). Por otro lado, encuentra un modo de pensar los dilemas basado en la responsabilidad en las relaciones, buscando mantener las conexiones (Gilligan, 1987). Es a este último modo de pensamiento al que llamará “ética del cuidado”. De acuerdo con la psicóloga, la

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

preocupación por las relaciones hizo que las voces de las mujeres suenen “diferentes” dentro de un mundo patriarcal preocupado por la separación y obsesionado por crear y mantener fronteras entre las personas.

Gilligan señalará que, en los estudios de desarrollo, el mismo suele asimilarse a separación. Esta equivalencia es sumamente explícita, por ejemplo, en la consideración del desarrollo del niño como una progresiva separación o distancia respecto a su madre.

Sin embargo, en la experiencia humana tenemos un constante contrapunto entre el apego y la separación (infancia), la intimidad y la identidad (adolescencia), el amor y el trabajo (vida adulta).

Estas polaridades forman parte de nuestro ciclo vital y como se manifiesta en los estudios presentados por Gilligan, los aspectos de la polaridad habitualmente relacionados con las experiencias de las mujeres (apego, intimidad) han sido desestimados en las consideraciones del desarrollo humano a raíz de la influencia patriarcal. “Así, parece que falta una línea de desarrollo en las descripciones actuales del desarrollo adulto, hay una falla al describir el progreso de las relaciones hacia una madurez de interdependencia” (Gilligan, 1987, p. 252).

La ética del cuidado nos permite concebir al ser humano desarrollándose en el marco de sus relaciones de cuidado con otros. No es posible desde la misma, concebir al ser humano un ente aislado, abstracto e independiente, sino por el contrario, profundamente entrelazado. “La interrelación y la interdependencia son conceptos centrales en una ética del cuidar” (Comins Mingol, 2015: 177). Cada ser humano está necesitado de las redes de relaciones para

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

poder solucionar problemáticas de la vida concreta, y poner en valor la vida. La ética del cuidado en definitiva es una ética que coloca la vida en el centro.

3.2 El cuidado, tarea y vínculo

Durante la primera mitad del siglo XX, en Estados Unidos y Europa, los protocolos de actuación vigentes en los hospicios y orfanatos, establecieron la necesidad de mantener el menor contacto corporal posible con los niños que allí residían. Se promovía un entorno estéril para evitar el contagio de enfermedades, así como un desarrollo más “autónomo” de los niños (Rifkin, 2010).

En este contexto, desde la década de 1930 y 1940 surgieron importantes estudios que comienzan a dar cuenta de los efectos perjudiciales de la falta de contacto y proximidad entre los cuidadores y los niños. En particular, estos estudios se centrarán en los efectos negativos del cuidado en instituciones de manera prolongada cuando el mismo es reducido a una tarea instrumental (Bowlby, 1995; Spitz, 1972).

Las investigaciones en orfanatos desarrolladas por destacados psicoanalistas como René Spitz y John Bowlby, determinaron que la supervivencia no depende sólo de la provisión de alimento e higiene. Requiere del afecto, la caricia, el calor, el arrullo, el contacto corporal. En definitiva, del vínculo afectivo como parte del cuidado. Bowlby comprobó, en su estudio sobre cuidados y salud mental encargado por la Organización Mundial de la Salud, que las altas tasas de mortalidad de los niños respondían a que eran abordados de una manera anónima e impersonal (Mañés, Aguado, Barrical y Moreno, 2011; Bowlby, 1995). Los mismos recibían

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

adecuada alimentación y normas de higiene, pero no afecto. De esta forma, un cuidado “instrumental” era despojado del vínculo afectivo que deben sostener estas tareas para constituir las como un cuidado integral del ser humano.

La teoría del apego de Bowlby afirma que el “apego” es una motivación de carácter psíquico, por la que un individuo se dirige a otro individuo específico en búsqueda de protección y seguridad. Este acercamiento que se busca no sólo es espacial, sino también emocional (Juri, 2013). Bowlby (1995) examina la naturaleza del vínculo madre-niño descubriendo un conjunto de pautas de conducta en parte pre-programadas, que se desarrollarían durante los primeros meses de vida y que buscarían mantener al niño en una proximidad con su madre.

En el mismo sentido son de gran relevancia los estudios de la investigadora Gerda Verden-Zöllner quien ha estudiado a finales de los años 70 la relación materno infantil a través de la aceptación corporal y el mutuo respeto. Humberto Maturana (2011) a partir de conversaciones con ella, como así lo expresa en la obra conjunta con la autora “Amor y Juego”, comienza a preguntarse acerca de la relación entre emoción y cultura, como un fundamento humano olvidado que tuvo como consecuencia la gestación del patriarcado en el seno de las ancestrales sociedades matríticas. En dichos trabajos Verden-Zöllner (2011) afirma que un niño que crece en la aceptación corporal total por parte de su madre, no temerá perder su identidad en la relación con otros. Por lo que tampoco necesitará reafirmarse en la negación de los otros a través de una competencia egóica -una persona que se siente molesta o incómoda cuando se le solicita es considerada egóica- interminable.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Creemos fundamentales todos estos aportes teóricos y empíricos, en tanto nos permiten desplegar una noción de cuidado en conexión con los afectos y los sentimientos, superando de esta manera la noción de cuidado como tarea instrumental propia de la modernidad.

Los desarrollos de Bowlby deben leerse considerando atentamente las condiciones sociohistóricas en que el cuidado tiene lugar. En el caso de la crianza en particular, nos preguntamos: ¿cuáles son las redes vinculares encargadas del cuidado del cuidador/a? ¿Quién cuida de ese niño además de ese cuidador/a? ¿Es sólo una tarea asignada socialmente a su madre? ¿Cuál es el lugar que se le asignan a los afectos en las tareas de cuidado?

La tendencia a establecer lazos emocionales es considerada por la teoría de Bowlby un componente básico de la naturaleza humana. Aquí vemos claramente la diferencia con el psicoanálisis freudiano, que define al sujeto en función de sus pulsiones. La teoría del apego destaca el “status” primario y la función biológica de los lazos emocionales íntimos entre los individuos, así como “la poderosa influencia que ejerce en el desarrollo de un niño el modo en que es tratado por sus padres, especialmente por la figura maternal” (Bowlby, 1995, p. 141).

Es a partir de que dichos lazos emocionales proporcionan seguridad, en términos del autor, una *base segura*; que el niño puede explorar el mundo. De esta manera, proximidad y exploración, o, en otros términos, búsqueda de intimidad y separación, serían dimensiones de una sola noción de desarrollo humano. La separación requiere proximidad, y en la medida en que el niño experimenta proximidad puede volver a explorar el mundo sintiéndose seguro.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Estos estudios arrojan significativas pistas para el desarrollo de nuestro trabajo que son superadoras de las dicotomías que ha suscitado la modernidad. Los mismos nos permiten complejizar la noción de cuidado, asociando la misma a los conceptos de inter-dependencia y sostenibilidad de la vida.

3.3 El cuidado como vínculo de inter-dependencia

Como afirmamos anteriormente, el cuidado coloca en primera plana nuestra mutua interdependencia, no sólo entre humanos sino respecto a otras especies y naturaleza en general. Los seres humanos, lejos de ser una especie excepcional, somos una hebra más de la trama de la vida (Capra, 2009). La conciencia de esta interdependencia entre ser humano y naturaleza se ha ido desarrollando en la misma medida en que, como afirma Rifkin (2012), se incrementó la entropía. Comenzamos a ser conscientes del agotamiento de “recursos” no renovables de la naturaleza y la necesidad de cuidar de ella cuando la tierra y la gran diversidad de especies que la habitamos nos encontramos en grave peligro por el uso creciente de materia y energía. La preservación de nuestra misma especie parece depender de nuestra conciencia de integración en la trama, más que de continuar sosteniendo una fragmentación entre seres humanos y naturaleza. Aunque no lo percibamos, inextricablemente pertenecemos a la naturaleza. Tierra y humanidad forman una “entidad indivisible y compleja” (Boff, 2012, p. 48).

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral

IRICE-CONICET/UNR

carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR

perlo@irice-conicet.gov.ar

En el marco de la consideración de la interdependencia entre el ser humano y la naturaleza, resultan fundamentales los aportes de la ecología profunda. La misma “reconoce la interdependencia fundamental entre todos los fenómenos y el hecho de que, como individuos y como sociedades, estamos todos inmersos en (y

finalmente dependientes de) los procesos cíclicos de la naturaleza” (Capra, 2009, p. 28). El fundador de la ecología profunda, Arne Naess, afirma que el cuidado fluye naturalmente cuando experimentamos que naturaleza y nosotros mismos somos uno. “Desde la percepción o experiencia ecológica de ser parte de la trama de la vida, *estaremos* (en oposición a *deberíamos estar*) inclinados al cuidado de toda naturaleza viviente” (Naess, 1990 en Capra, 2009, p.34).

Por otra parte, el cuidado como vínculo interdependiente afirma al otro como imprescindible. Necesitamos de las redes vinculares para poder sostener nuestras vidas. En otros términos, precisamos cuidar de la fragilidad inherente a toda existencia. Asumir esta fragilidad es inscribir en nuestra vida la mortalidad y la finitud. La fragilidad no equivale a debilidad ni a fortaleza, sino al modo mismo en que la vida se despliega y sostiene. Lo demuestran por empezar, las relaciones de crianza. Pero no sólo las mismas si estimamos el mantenimiento de nuestras vidas cotidianas. Aunque pretendidamente independientes, somos el resultado de haber sido nombrados y cuidados por otros, y a lo largo de nuestra vida debemos cuidar en un sentido amplio: de nosotros mismos (Foucault, 1999), de otros y de la naturaleza de la que somos parte (Boff, 2002). Sin este cuidado como labor y vincularidad cotidiana, no sería posible poder sostener nuestras vidas. En términos de provisión de alimento e higiene, y también en términos afectivos.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

De esta manera, aunque no exista consenso en su definición, desde nuestra perspectiva, el cuidado es un término polisémico y multidimensional. Refiere a una dimensión material que abarca tareas concretas que se llevan adelante de manera cotidiana; así como también a una dimensión ética, que permite dar cuenta de un vínculo y un compromiso afectivo con el otro y con la naturaleza de la que somos parte (Boff, 2002).

La afirmación de la perspectiva de la interdependencia y el cuidado, más que separar al ser humano de otras especies animales, revela su pertenencia a la naturaleza. Sabemos por la biología, que los mamíferos expresan afecto y cuidan a sus crías. En tanto mamíferos de sangre caliente el roce, el contacto, la mirada, la escucha y el reconocimiento corporal constituyen fuertes indicadores de cuidado basados en la interdependencia.

Sin embargo, las metáforas con las que habitualmente pensamos la vida en la naturaleza tienen que ver con la lucha y la competencia. Así es que hablamos de “ley de la selva” para referir a la emergencia de un supuesto estado animal en el ser humano, que explicaría situaciones de violencia, aunque la selva sea más bien un fundamental ejemplo de convivencia (Najmanovich, 2016a). Basta considerar que, por ejemplo, en el Amazonas conviven cientos de especies. De este modo: ¿Quedan excluidas dinámicas de competencia en las relaciones entre los seres vivos? Nuestra respuesta es negativa. Estas dinámicas bien pueden existir, sin embargo, la selva y las especies se preservan como tales. Por lo tanto, las dinámicas de competencia quedan subordinadas a la convivencia. “La competencia existe siempre como un mecanismo parcial dentro de un marco más amplio en el que las relaciones son claramente de coexistencia e interdependencia” (Llamazares, 2013:31 citado en Perlo y Costa, 2019).

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Conclusiones

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Cuidar de las cosas y de las personas, implica tener intimidad con ellas, sentirlas dentro, acogerlas, respetarlas, sintonizarlas, escuchar sus ritmos y entrar en armonía con ellas. Este modo de existir y habitar la historia y la tierra, a partir de la forma del

cuidado, invita a percibir la realidad no desde su valor utilitarista, en cuanto a su uso, sino a partir del valor intrínseco y sustantivo de cada ser y de cada elemento que conforma el escenario de la vida.

Leonardo Boff

En el comienzo del trabajo hemos planteado las siguientes dicotomías: razón-emoción; ser humano-naturaleza; productividad-improductividad; independencia-dependencia. Las mismas requieren ser urgentemente resueltas si queremos dejar atrás la perspectiva antropocéntrica que ha perforado la trama social humana. Como resultado de ello hemos gestado formas, órdenes y configuraciones violentas que no serían tales si consideráramos el cuidado como condición biológica y práctica social cotidiana. El marco socio-político hegemónico que reproducen los medios masivos de comunicación de ningún modo posibilitarán el salto co-evolutivo que urgentemente necesitamos. Es en este sentido que sostenemos que el cuidado de sí y del otro, es clave para poder comprender la convivencia entre las personas y los lazos sociales.

Necesitamos dar un giro a la concepción de cuidado que lo restringe a una tarea mercantilista separando a cuidadores de cuidados. El cuidar atraviesa todos los poros de nuestra piel social. Forma parte de nuestras cotidianidades selladas por la interdependencia. La ética del cuidado propuesta por Gilligan nos permite entender que no nos preocupamos por otros obedeciendo a reglas y leyes, los otros nos importan en la medida en que cohabitamos encuentros desde el afecto. Es así que la preocupación por el otro y la atención a las relaciones surge más como motivación afectiva que por una serie de imperativos morales. Este es el contraste fundamental entre una ética de la justicia y una ética del cuidado. Lejos de plantear una nuevadicotomía entre justicia y cuidado de lo que se trata es de

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

integrar estos aspectos; ya que la ética de la justicia nos posibilita pensar las condiciones de equidad e igualdad en las que se desarrollan las tareas de cuidado. La ética del cuidado nos permite hacer foco en el vínculo afectivo de una relación, la confianza, la ayuda mutua y la capacidad de respuesta empática (Held, 2006). La ética de la justicia nos asegura el respeto a los derechos individuales y la preocupación por la igualdad y la libertad en la relación; sin embargo, no nos puede brindar herramientas para pensar la calidad del vínculo. Una ética del cuidado se centra en el cultivo de relaciones afectuosas. Esto último no debiera entenderse solamente como un asunto relativo a la esfera privada (familia y amistades) sino extenderse al modo mismo en que pensamos la vida social y política (Held, 2006; Tronto, 2017).

Asimismo, los estudios de Bowlby proporcionaron elementos que fundamentan claramente que dentro de las necesidades básicas humanas se incluye el afecto. A tal punto que, como han demostrado sus investigaciones, la vida no está garantizada si no existe el tacto-contacto del cuerpo a cuerpo. Necesitamos la proximidad corporal por parte de un otro que nos singulariza. Somos seres profundamente afectivos, interdependientes para desarrollar y sostener nuestras vidas, tanto de otros como de la naturaleza en general.

El cuidado no es sólo un conjunto de actividades sino un *modo-de-ser-esencial* (Boff, 2004; 2011). Una modalidad de vinculación que se plasma en nuestras existencias y que caracteriza con más o menos fuerza a diferentes contextos sociohistóricos. Siguiendo a Boff (2004), el *modo-de-ser-cuidado* no responde al productivismo, a la búsqueda de acumulación y al consumo. Se trata de la relación sujeto-sujeto, la primacía de los afectos y de los vínculos. Así como del otro y la naturaleza como fines en sí mismos y no como meros medios.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Consideramos que en el contexto sociohistórico actual el cuidado se erige como un tema prioritario en la agenda de las políticas públicas, en particular en torno a la seguridad pública. Necesitamos reconfigurar la seguridad pública cultivando la confianza mutua, la expresión y atención de necesidades, la cooperación y el lazo afectivo.

Es este panorama el que nos exige recuperar el cuidado no sólo como trabajo específico destinado a poblaciones determinadas y muchas veces estigmatizadas, sino el cuidado como ser y hacer permanentes que se entretujan en la dinámica relacional-operacional de vivir (Maturana, Dávila 2015).

“Se siente la urgencia de un nuevo ethos civilizacional que nos permita dar un salto cualitativo hacia formas más cooperativas de convivencia” (Boff, 2002, p. 26).

Finalmente, el cuidado constituye una condición ontológica de todos los seres vivos, entre ellos los humanos, siendo en estos últimos, en este momento de su deriva histórica, un elemento decisivo para su supervivencia.

Fecha de recepción: Junio 2020

Fecha de aceptación: Julio 2020

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Boff, L. (2004). *El cuidado esencial. Ética de lo humano, compasión por la tierra*. Madrid, España: Editorial Trotta.

(2012). *El cuidado necesario*. Madrid, España: Editorial Trotta.

Böhm, D. (1988). *La totalidad y el orden implicado*. Barcelona, España: Kairós.

Bowlby, J. (1995). *Una base segura. Aplicaciones clínicas de una teoría del apego*. Barcelona, España: Paidós.

Capra, F. (2009). *La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. Barcelona, España: Anagrama.

Carmona Gallego, D. (2019). La resignificación de la noción de cuidado en los feminismos de los 60 y 70. *Revista En-claves del pensamiento*, 12 (25), 104-127. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-79X2019000100104&lng=es&nrm=iso

Carrasco, C; Borderías, C. y Torns, T. (2011). Introducción. El trabajo de cuidados: Antecedentes históricos y debates actuales. En C. Carrasco, C. Borderías y T. Torns (Eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (pp. 13-96). Madrid, España: Libros de la Catarata.

Comins Mingol, I (2015). La ética del cuidado en sociedades globalizadas: hacia una ciudadanía cosmopolita. *Revista de Filosofía Thémata*, (52), 159-178. DOI: 10.12795/themata.2015.i52.09

Dalla Costa, M. y James, S. (1977). *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.

Davis, A. (2005). *Mujeres, raza y clase*. Madrid, España: Akal.

Descartes, R. (1995). *Meditaciones metafísicas*. Quito, Ecuador: Libresa.

Eisler, R. (1990). *El cáliz y la espada: nuestra historia, nuestro futuro*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Federici, S. (2018). El patriarcado del salario. Madrid, España: Traficantes de Sueños.

Foucault, M. (2003). La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad. Barcelona, España: Paidós.

Gilligan, C. (1987). La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Gimbutas, M. (1996). El lenguaje de la Diosa. Oviedo, España: Grupo Editorial Asturiano GEA.

Held, V. (2006). The Ethics of Care: Personal, Political, and Global. New York, United States. Oxford University Press.

Herrero, Y. (2012). Perspectivas ecofeministas para la construcción de una economía compatible con una vida buena. En Red de Economía Alternativa y Solidaria de Euskadi, Sostenibilidad de la vida, aportaciones desde la Economía Solidaria, Feminista y Ecológica (pp. 55-68). Bilbao, España: Reas Eskadi

Jung, C. (1995). El Hombre y sus símbolos. Barcelona, España: Paidós.

Juri, L. (2013). La psicoterapia psicoanalítica de la teoría del apego. Revista de la Asociación de Psicoterapia de la República Argentina, 6 (1). Recuperado de: <https://www.apra.org.ar/pdf/mayo2013/juri.pdf>

Mañes, R., Sospedra, R., Sabater, Y., Molero, P. (2011). La importancia de las experiencias tempranas de cuidado afectivo y responsable en los menores. International Journal of Developmental and Educational Psychology, 23 (1). Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/3498/349832328052.pdf>

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Maturana H y Dávila, X. (2015). El árbol del vivir. Santiago de Chile, Chile: MPV Editores, Escuela Matriztica.

Maturana, H. y Verden-Zöhler, G. (1993). Amor y juego: fundamentos olvidados de lo humano. Desde el patriarcado a la democracia. Santiago de Chile, Chile: Editorial Granica.

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

Maturana, H. y Varela, F. (2003). El árbol del conocimiento. Santiago de Chile, Chile: Editorial Lumen.

Najmanovich, D. (2012). Configurazoom. Enfoques de la complejidad. En L. Rodríguez Zoya (comp.), La emergencia de los enfoques de la complejidad en América Latina (pp. 13-34). Buenos Aires, Argentina: Comunidad de Pensamiento Complejo.

(2016a). El cambio educativo, del control disciplinario al encuentro comunitario, en S. Finocchio; D. Najmanovich y M. Warschauer (coord.), Diversos mundos en el mundo de la escuela (pp. 77-165). Madrid, España: Editorial Gedisa.

(2016b). El mito de la objetividad. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

Paperman, P. (2018). La ética del cuidado y las voces diferentes de la investigación. En N. Bourgeaud-Garciandía (comp.) El trabajo de cuidado (pp. 211-230). Buenos Aires, Argentina: Fundación Medifé.

Perlo, C. (22 de febrero de 2014). Combatir la violencia o cuidar la vida. Diario La Capital. Recuperado de: <https://www.lacapital.com.ar/edicion-impres/combatir-la-violencia-o-cuidar-la-vida-n637604.html>

(2019). El abordaje de la violencia a través de los medios periodísticos. Análisis de un caso en un diario local. Revista de Psicología. Buenos Aires, Argentina: Universidad Católica Argentina. (En prensa).

Perlo, C. y Costa, L. (2019). Introducción. En C. Perlo y L. Costa (dir.), Saber estar en las organizaciones. Una perspectiva centrada en la vida, el diálogo y la afectividad (pp. 27-32). Paraná, Argentina: Editorial Fundación La Hendidija.

Rifkin, J. (2010). La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis. Madrid, España: Paidós.

Segato, R. (2013). La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Spitz, R. (1972). El primer año de vida del niño. Génesis de las primeras relaciones objetales. Madrid, España: Aguilar.

Toro Araneda, R. (2007). Biodanza. Santiago de Chile, Chile: Cuarto propio.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar

DIVERSIDAD.NET

JUN-DIC 2020
17 – AÑO 11
ISSN 2250-5792

Tronto, J. (2017). There is an alternative: homines curans and the limits of neoliberalism. *International Journal of Care and Caring*, 1 (1), 27-43. DOI: <https://doi.org/10.1332/239788217X14866281687583>

Vega, C.; Buján-Martínez, R. y Paredes Chauca, M. (2018). Introducción. Experiencias, ámbitos y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida. En C. Vega, R Buján-Martínez y M. Paredes Chauca, *Cuidado, comunidad y común, experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida* (pp. 15-50). Madrid, España: Traficantes de sueños.

Ps. Diego Carmona Gallego

Becario doctoral
IRICE-CONICET/UNR
carmona@irice-conicet.gov.ar

Dra. Claudia Liliana Perlo

IRICE-CONICET/UNR
perlo@irice-conicet.gov.ar